

# Vida y milagros de los tres mosqueteros de la Brigada Electricista

Y una porción de los curiosos episodios a que suelen dar lugar la busca y captura de las tomas clandestinas de fluido.

¡El de la luz!...

He aquí al enemigo número 1 de la moderna economía casera.

Como en Londres, como en Nueva York, como en Paracuellos de Jiloca..., en Rentería se le teme, se le huye y se le sortea, ni más ni menos que si fuese un miura...

Porque en todas partes.. hacen trampa; que no cuecen habas ya; porque para cocerlas, hay que poner el hornillo previamente...

Quien dice para cocer habas—que nos ha venido de perilla el refrán—dice para plancharle una camisa al marido o para calentar el biberón al pituso de la casa.

La combinación—¡oh bondadosa misión de los eufemismos!—es el pan nuestro de cada día. No hay casa donde no haya, por lo menos, una.

Y ello, a sabiendas de que el enemigo acecha... de que el peligro nos ronda y pisa los talones.

Pero... ¿hay algo más grato a los españoles que la proximidad del peligro, esquivarlo; y, si esto ya no es posible, enfrentarnos a él y vencerlo?

\* \* \*

También en Rentería actúa una brigada electricista, cuya misión—un tanto antipática, pero en fin...—consiste en olfatear el fraude y buscarle las vueltas al abusón para, cogiéndolo "in fraganti", imponerle la sanción debida.

Esta brigada la componen: Julián Olascoaga, Agustín Salaverría y Agustín Busselo, que es el jefe. También aquí, como en la famosa novela de Dumas, resulta que "Los tres mosqueteros" con cuatro. El cuarto elemento de esta brigada, famosísima en Rentería, es el Amperímetro (lo pondremos con mayúscula para darle toda la categoría que le pertenece), que, si bien no habla, su muda elocuencia es al resto de la brigada lo que el olfato de los sabuesos es a los detectives...

El Amperímetro, colocado en un lugar cualquiera de la Villa, acusa el exceso de carga en determinado sector, y ya tenemos en movimiento a Olascoaga, Salaverría y Busselo, que no descansarán hasta llegar al otro extremo de la pista.

¿Acompaña el éxito a la gestión de estos tres celosos funcionarios de la Villa?

Tenemos frente a nosotros a Agustín Salaverría; él mismo nos va a referir algunas inocentes aventuras de vecinos y mosqueteros.

Este Salaverría es una verdadera enciclopedia. A pesar de todos los "enchufes" de que "disfruta", todavía no se ha podido comprar un automóvil... En sus mocedades hizo pinitos teatrales, representando diversas comedias, dramas, pasos y sainetes. Su mayor éxito como intérprete lo consiguió en el conocido monólogo dramático, tan propicio a los latiguillos, "La huelga de los herreros". Quienes le han visto en él, oculta la faz socarrona bajo unas estupendas barbas a lo Jean Valjean, nos dicen que estaba sencillamente imponente cuando decía aquello de...

¡Bastante hemos sufrido los de abajo!

¡O nos dan más jornal, o no hay trabajo!

Nos explotan... etc., etc.

En la actualidad tiene bastante descuidadas las actividades teatrales. ¿Cree el lector que pueden dejarle un rato libre para ello, aparte su puesto en la brigada, la conserjería de F. E. T. y de las J. O. N. S. y el cargo de fiscal suplente que también ejerce? Talía sufre y Salaverría también. Pero... ¿qué le va uno a hacer? La vida es la vida...

\* \* \*

—¿Qué, amigo Salaverría? ¿Se "cazan" muchos hornillos, planchas y caloríferos por ahí?

Sonríe, con una sonrisa de comprensiva, resignada y maliciosa conformidad, y nos dice:

—Es muy difícil "cazarlos", aun a sabiendas de que existen y de que han estado funcionando hasta poco antes de nuestra llegada.

—Y... ¿eso?...

—¡Quite usted, hombre! Los "pájaros" se protegen y ayudan de una manera enorme. Si entramos en una casa cualquiera y nos ven entrar los de la inmediata, por el patio de las cocinas pasan el aviso a todos los pisos, y mientras subimos la escalera ya han tenido tiempo de meter bajo siete llaves el cuerpo del delito. Si logramos penetrar sin ser vistos e



iniciamos la "investigación" por el primer piso, inmediatamente comienza a funcionar la "telefonía sin hilos"—vulgo escoba—aplicada al techo, con cuyos golpes quedan prevenidos los vecinos del segundo de nuestra presencia; los del segundo avisan al tercero, y así, sucesivamente, corre la voz de alarma. Si empezamos por arriba, la escoba se aplica al suelo, y en paz. Total, que hemos perdido el tiempo...

—Pero... alguna vez cogerá el "cazador" desprevenido al "pájaro"...

—Claro que sí. Y ello da lugar a graciosos episodios.

—Refiérame usted alguno para los lectores de la revista RENTERIA.

—En cierta ocasión, nos presentamos a las ocho menos cuarto de la mañana en la casa de un vecino que se llama Víctor. Salió la señora, pero no abrió, diciéndonos que esperásemos un poco. ¿Qué remedio nos quedaba sino esperar? No era cosa de echar abajo la puerta. Abrieron al fin y, claro: no hallamos nada. Mientras nos abrían, el marido, precipitadamente, había quitado la resistencia, guardándola, todavía caliente, bajo el colchón de una de las camas. A mediodía nos enteramos de que se les había quemado el colchón...

—Tiene gracia...—decimos.

—A Víctor no creemos que le hiciera mucha...

—Otra vez...—continúa nuestro despejado interlocutor—fui a cobrar a otro vecino una multa de 90 pesetas impuesta por haber sido sorprendido con un hornillo clandestino. El agente ejecutor había fallecido repentinamente y hube de sustituirle yo. Acudió la esposa y me dijo, a través de la mirilla: "Tenga la bondad de esperar un minuto, porque estoy en combinación". Fue inútil que le pretendiera explicar el objeto de mi visita. Me abrió, al fin, haciéndome pasar. "No hay necesidad..."—le dije—. "Pase, pase..."—insistió ella; hasta que no tuve más remedio que pasar. Y quieras que no, se empeñaron en convencerme de que en aquella casa no funcionaba "trampa" alguna... (La había quitado durante el tiempo que tardó en abrirme. Como si uno se chupase el dedo...).

—Son ustedes terribles...

—Procuramos cumplir a conciencia la misión que se nos ha confiado, y nada más. La gente, claro, nos teme como a un "nublao", y antes de caer en nuestras manos recurre a los más absurdos y pintorescos ardides.

Una señora, cogida con las manos en la masa, nos dijo, al irnos a incautar de su hornillo: "El cacharro no se lo llevarán ustedes—¿verdad?—porque no es nuestro—¿saben?—sino de unos amigos nuestros de Madrid, y se lo tenemos que devolver..." Pero... como si no: el hornillo se vino con nosotros. Hubo casa en la que para entrar hubimos de ir acompañados del Jefe de Policía. Buscamos y rebuscamos por todos los rincones; ni en la cocina ni en el comedor había rastro de hornillo. Por fin, dimos con él: estaba cuidadosamente oculto y "camuflado" en el balcón...

Interrumpe un instante su relación Salaverría para saludar a su compañero de brigada, Olascoaga, que llega a nosotros.

—Hombre, Olascoaga—exclamamos—; ¿usted no recuerda algún curioso sucedido en las tareas fiscales de la brigada?

Y el recién venido contesta a nuestra pregunta interrogando, a su vez, a Salaverría:

—¿Ya le has contado lo de aquella mujer que tapó el puchero con un abrigo?

—¡Ah, sí. ¡Muy gracioso aquello también!—corroboraba el aludido—. No se daba cuenta de que el humo salía lo mismo por encima del abrigo...

—¿Como cuántos hornillos habrán ustedes ya capturado?

—¡Uf!—dicen, a dúo, haciendo un significativo gesto de que son muchos.

—Pero... ¿cuántos? ¡Un cálculo!—les apremiamos.

Y es Salaverría quien nos dice:

—Unos 250.

—Lo menos—apunta Olascoaga.

Para concluir nuestra charla, nos place formular a entrambos una pregunta un tanto capciosa y, por ende, difícil de contestar. ¡A ver por dónde salen!

—Y a ustedes, que se pasan la vida dando sustos, ¿no hay quien se los dé? Es decir: ¿quién va a casa de ustedes a ver cómo funcionan los hornillos?...

Los dos se apresuran a aclararnos:

—Nosotros no tenemos "trampa"...

—Pero... ¿y Busselo?

Encogiéndose de hombros, coinciden con estas palabras:

—A su casa no vamos nosotros...

LUCIO ULIA.

Eduardo Armesto

ODONTOLOGO

Viteri, 7, 1.º - Telf. 60-50

RENERIA